



Taxco (de la obra "Ciudades Coloniales," de Peñafiel).

XI.

GENERAL DE DIVISIÓN.

ASALTO Y TOMA DE LA PLAZA DE TAXCO.

LOS Generales mexicanos, prisioneros en Puebla, fueron á poco tiempo deportados á Francia; Porfirio Díaz debía marchar entre ellos.

«Al rehusarme á firmar el acta, me consideré con el derecho de evadirme, si podía hacerlo, puesto que el enemigo había tomado todas sus precauciones, al grado de tener apostado un centinela en la puerta de los cuartos donde dormíamos. Así, pues, el 21 de Mayo, víspera de nuestra marcha para Veracruz, estando en la prisión, me quité mi uniforme, á todo riesgo, en los momentos en que entraban y salían los deudos y amigos de los prisioneros, para despedirse de ellos.

«Comprendí que era fácil que no me distinguieran entre los entrantes y salientes; bajé resueltamente la escalera, embozado en un *plaid*, cosa que no era notable, porque hacía mucho frío; y para que el centinela no me marcara el alto, y me hiciera pasar por un reconocimiento, como lo hacían con todos los que salían, aunque fuesen paisanos, pensé que sería bueno dirigir algunas palabras al oficial de guardia, para que el centinela, al verme salir, después de haber hablado con el oficial, tuviera menos sospecha. Con esta intención llegué al zaguán; pero me encontré con que el Comandante de la guardia, que estaba allí de pie, era el Capitán Galland, del 3º de zuavos, que habiendo sido prisionero nuestro, había hecho conmigo alguna amistad. En consecuencia, ya no le dirigí la palabra, sino que

simplemente le saludé y salí á la calle, sin que me conociera, aunque probablemente sospechó algo, porque en seguida subió á ver si estaba yo al lado de mis compañeros. Varios de éstos lograron también evadirse de la prisión, ya en Puebla, ya en el camino, y al fin pocos salieron para Europa.

«Tuve muchas dificultades en mi tránsito, porque las calles de Puebla estaban vigiladas por fuerzas de traidores; pero afortunadamente encontré á un amigo que me llevó á su casa, donde se había refugiado también el Gral. Berriozábal, que, como yo, se escapó de la prisión, y que contaba con el apoyo de uno de los oficiales traidores, quien nos facilitó la salida de la ciudad, obteniendo el santo y seña de la plaza, y pasándonos con los suyos, como si pertenciéramos á su patrulla, todo á cambio de una remuneración pecuniaria que Berriozábal le pagó. El Dr. Cacho, que era de los que acompañaban al Gral. Berriozábal, se quedó en Puebla, para que yo pudiera salir en su lugar y hacer uso de su caballo.

«Caminamos toda la noche por los montes, á fin de evitar el camino real, y nos perdimos de tal modo, que al amanecer del día siguiente nos encontramos otra vez frente á Puebla, oyendo los alertas de los centinelas que estaban á las orillas de la ciudad. Nos dirigimos entonces al pueblo de San Miguel Canoa, y presentándonos como oficiales de los traidores, porque sabíamos que el cura era amigo de Almonte, le suplicamos que nos diera un guía que nos llevara á Tlaxcala. De allí nos dirigimos á la hacienda de Techalote, y después á Apam, en donde encontramos una pequeña fuerza de caballería, que protegió nuestro arribo á la capital, cuando ya se nos perseguía de cerca, pues el cura aludido, sospechando de nosotros, dió aviso de nuestro paso por San Miguel, y á virtud de ello fuimos seguidos con empeño, pues se juzgó, por las noticias que transmitieron, quiénes podíamos ser.» (Memorias).

Tres días después de su fuga de Puebla, el Gral. Díaz se presentaba en el Palacio Nacional á D. Benito Juárez, quien le indicó que deseaba nombrarle Secretario de Guerra.

«Manifesté al Presidente que causaría mal efecto mi nombramiento; que había en el ejército muchos jefes viejos, como Echegaray, Parrodi y otros; que yo era demasiado joven para tan altos puestos, y no era conveniente darles un pretexto plausible para abandonar nuestras filas.

«En esos momentos entraban el Ministro Terán y D. José María Iglesias, con algunas otras personas, y suspendimos la conversación,

diciéndome el Sr. Juárez que al día siguiente, temprano, volveríamos á hablar. . . . Le vi al día siguiente, y al contestarme el saludo, me dijo que había pensado bien lo que yo había dicho, y que era muy posible que yo tuviera razón, y me ofreció el mando de una División. Formé á mi gusto la División que debía mandar, y con ella emprendí la marcha para Ayotla, con objeto de cubrir la carretera abierta al enemigo.» (Memorias).

El 29 de Mayo fué decretada la traslación de los Poderes de la Federación á la Ciudad de San Luis Potosí; el 31 del mismo mes clausuraba el Congreso su período de sesiones, y algunos días después, el Presidente Juárez, acompañado por el personal de su Gobierno, abandonó la Capital, habiendo antes ordenado al Sr. Gral. Díaz, que con su División viniese á incorporarse con el Cuerpo de ejército que mandaba el Gral. D. Juan José de la Garza.

El Gral. Díaz se incorporó á dicho ejército en el «Contadero,» sobre el camino de Toluca, y por haberse adelantado el Sr. de la Garza, quedó al mando de todas las tropas, y prosiguió su marcha en pos del Sr. Juárez.

No bien se había hecho cargo del mando de las fuerzas, cuando se sublevó uno de los batallones de la Guardia Nacional de México, el que marchaba á retaguardia de la Columna, y cuyos jefes, el Coronel Rangel y el Teniente Coronel D. Pedro de Garay, se habían ocultado en la capital, para no salir al frente del referido batallón.

Una sublevación en marcha, constituía tan grave falta, que mereció ser castigada con ejemplar severidad.

«Perseguí á los sublevados, matando algunos; aprehendí á casi todos los demás, y los diezme después en el llano de Salazar, en presencia de las tropas formadas.» (Memorias).

Al llegar á Querétaro, el Gral. Díaz se ocupó en mejorar las condiciones de las tropas, reducidas á un gran extremo de desorganización y de miseria.

«A pocos días llegó el Gral. Garza con las otras dos Divisiones de su Cuerpo de ejército, enteramente destrozadas; pues además de que las mulas eran insuficientes para conducir su artillería y bagajes, algunos jefes habían dispuesto de parte de ellas para usos propios, y el camino estaba regado con piezas de artillería y material de guerra, siendo también de consideración las deserciones que habían sufrido muchos Cuerpos. El Gral. Garza salió para San Luis y entregó el mando del Cuerpo de ejército al Gral. Echegaray, con cuyo jefe las cosas marcharon mejor.» (Memorias).

A Querétaro llegó, procedente de San Luis Potosí, el Gral. Berriozábal, que se había encargado de la Secretaría de Guerra, y en la orden general, dió á reconocer al Sr. Gral. Díaz como jefe del Cuerpo de Ejército del Centro, sirviéndole el Gral. Echegaray de Cuartel-Maestre.

«Comenzamos entonces una seria organización, refundiendo en un solo batallón cada dos ó tres batallones diminutos, y empleando la mayor parte de los días en recomposición de armamento, de material de artillería y trenes, adquisición de mulas, establecimiento de academias de oficiales, ejercicios de tropa, y todo lo que era indispensable para dar á la fuerza la verdadera forma militar que iba perdiendo. Situé una División en Celaya, otra en Salvatierra, una Brigada de observación en Arroyo Zarco, y dejé el núcleo principal en Querétaro.

«En seguida, y por orden del Ministerio de la Guerra, cambiamos el Cuartel general á Acámbaro, donde permanecimos muy poco tiempo, porque los movimientos del enemigo nos hicieron comprender que su punto objetivo era Querétaro.» (Memorias).

En Acámbaro se incorporó al Estado Mayor del Gral. Díaz, un antiguo condiscípulo, un estimado y leal amigo suyo, el Sr. Matías Romero, que más tarde fué muy notable como Ministro de Hacienda.

«Romero había acompañado al Sr. Juárez, en el año de 1858, en su marcha de Guanajuato á Guadalajara, Manzanillo, Panamá y Veracruz, en donde permaneció, hasta que en Diciembre de 1859, fué enviado como Secretario de nuestra Legación en Washington; á poco volvió á México D. José M. Mata, que era el Ministro; quedó Romero como Encargado de Negocios, con cuyo carácter permaneció hasta fines de Abril de 1863, en que desanimado, porque no creyó prestar servicios eficaces al país, en vista de la crítica situación que guardaban los Estados Unidos, que á la sazón se hallaban en lo más serio de la guerra civil, lo cual les hacía tener algunas condescendencias con los franceses, y deseando tomar las armas en defensa de la independencia, se vino con licencia á San Luis Potosí; renunció allí su empleo el 16 de Julio siguiente, y solicitó servir á mis órdenes. El Sr. Juárez le dió el despacho de Coronel efectivo del Ejército Permanente, y orden de que se me incorporara en Acámbaro, lo cual hizo poco después. Yo le coloqué como jefe de mi Estado Mayor y Secretario.» (Memorias).

Durante los días en que el Sr. Comonfort se había interinamente encargado del Ministerio de la Guerra, y en vista de la difícil

situación del Gobierno, que se sentía muy débil para oponerse á los avances del invasor en los Estados del Centro, el Gral. Díaz fué llamado á San Luis Potosí.

«El Gral. D. Ignacio Comonfort fué nombrado Ministro de la Guerra, y el Gobierno me llamó á San Luis Potosí, para discutir un plan de campaña con los Generales Comonfort y Berriozábal; y como resultado de esa conferencia, dispuso el Gobierno que, con la primera División, marchara yo á Oaxaca, por los Estados de Querétaro, México y Guerrero, estableciendo en Oaxaca mi Cuartel general, con objeto de que sirviera de base para la formación de un nuevo Cuerpo de Ejército de Oriente. Al efecto, se me daba mando sobre los Estados de Oaxaca, Veracruz, Chiapas, Tabasco, Yucatán y Campeche, el cual se debía extender más tarde, y en virtud de nuevas órdenes, á los de Puebla y Tlaxcala.» (Memorias).

El Gobierno dispuso que el mismo Gral. Comonfort viniese á relevar en el mando del Ejército del Centro al Gral. Porfirio Díaz, quien recomendó al infortunado jefe, no se aventurara en los caminos infestados por temibles gavillas de bandoleros y traidores, sin una fuerte escolta, cuando tuviese que inspeccionar los distintos destacamentos de su nuevo mando.

«Más tarde, durante la permanencia del ejército en las plazas de Celaya, Salvatierra, Querétaro y San Juan del Río, las expediciones del Cuartel general no podían hacerse de un momento á otro, sino con una gruesa escolta, porque el camino estaba interceptado por unos bandidos, los hermanos Troncoso, que algunas veces reunían hasta 400 caballos. Así lo expliqué al Gral. Comonfort, al relevarme en el mando del Cuerpo de Ejército que había estado á mis órdenes, pero no dió importancia á mis informes, y á los pocos días de mi separación, intentó hacer una travesía en coche con cincuenta caballos de escolta, de San Miguel Allende para Celaya, en cuya ocasión fué asesinado por los Troncoso, cerca de Chamacuero.» (Memorias).

Mientras tanto, importantes sucesos se habían verificado en la capital de la República.

El día 9 de Junio había Forey entrado á la Ciudad de México y expedido su famosa proclama, obra de Napoleón III, en la que declaraba que los bienes nacionalizados por Juárez, quedarían en poder de los nuevos poseedores, y establecía la libertad de cultos, es decir, lo esencial de las leyes de Reforma.

Instituyó en seguida el memorable y funesto triunvirato, formado por D. Juan Almonte, D. Mariano Salas y el Arzobispo Labastida.

El día 7 de Julio, quedó integrada la Junta de Notables, y tres días después fué conocido su servil programa, modelo de traición y de ignominia:

«I. La Nación mexicana adopta por forma de Gobierno la monarquía moderada, hereditaria, con un príncipe católico.

«II. El Soberano tomará el título de Emperador de México.

«III. La corona imperial de México, se ofrece á S. S. I. y R., el príncipe Fernando Maximiliano, Archiduque de Austria, para sí y para sus descendientes.

«IV. En caso de que, por circunstancias imposibles de prever, el Archiduque Fernando Maximiliano, no llegase á tomar posesión del trono que se le ofrece, LA NACIÓN MEXICANA SE REMITE Á LA BENEVOLENCIA DE S. M. NAPOLEÓN III, EMPERADOR DE LOS FRANCESES, PARA QUE LE INDIQUE OTRO PRÍNCIPE CATÓLICO.»

El día 11 de Julio, aquel abyecto triunvirato se llamaba REGENCIA

Los verdaderos mexicanos tendrían que combatir en lo futuro contra la monarquía de los traidores.

El día 1º de Julio de 1863, pasada la primera revista de comisario, la División mandada por el Gral. Porfirio Díaz, y destinada á ser el núcleo del nuevo Ejército de Oriente, salió de Querétaro por el rumbo de Santa María Amealco, siguiendo por los molinos de Caballero, rancho de Dolores, Tepetongo, Venta Omoca y hacienda de Trojes, hasta llegar á Citácuaro, donde descansó tres días.

Se trataba de hacer, con una División de 2,800 soldados, una gran marcha estratégica, en dirección elíptica, desde Querétaro hasta Oaxaca, pasando por Guerrero y evitando hábilmente el peligro de que dicha División fuese destrozada por los 30,000 hombres, franceses y traidores, que había diseminados entre las bien guarnecidas plazas de Toluca, Puebla y México.

El peligroso movimiento de flanco envolvente, debería dar por resultado que la División del Gral. Díaz fuese al fin á quedar á retaguardia de los más importantes centros de acción del enemigo.

«En la travesía de este ejército, dice el Gral. Santibáñez, hasta llegar á Taxco, mineral ocupado por fuerzas enemigas, hubo muchos sinsabores y muchos sufrimientos que lamentar, pues caminando siempre á rumbo, en terreno desconocido y por montañas casi inaccesibles, había que subir la artillería á mano, haciendo uso de las tropas, que facilitaban para ello las correas de las fornituras y hasta sus fajas de uso personal, movidos, impulsados por ese ardiente pa-

triotismo, que no llegó á agotarse un solo día en nuestros valientes camaradas.

«Aquella era una peregrinación, llevando el tesoro riquísimo de la honra nacional, y pernoctando á campo raso, dondequiera que la noche cubría con su extenso manto á los creyentes de la religión del deber. Aquel puñado de valientes llegó á las inmediaciones de Taxco el 23 de Octubre de 1863, estableciendo desde luego un pequeño sitio al punto defendido por fuerzas franco-mexicanas, que hicieron una resistencia tenaz, alentadas por el padre Alatríste, de fatal memoria para aquel mineral; después de cuatro días de rudos ataques y de desesperadas defensas, en cuyas acciones se estaban perdiendo los escasos elementos y sacrificando el reducido ejército, el General Díaz, decidido y resuelto á jugar el todo por el todo, lleno de esa fe que siempre lo ha animado á la hora del combate, y al frente de sus valerosos subordinados, se arrojó sobre la plaza de Taxco, cuyos defensores fueron replegándose hasta el convento, punto fuerte de aquella población; el fuego nutridísimo, de uno y otro lado, produjo un efecto de terribles consecuencias para los habitantes pacíficos del mineral, cuyas casas, la mayor parte de zacate, se incendiaron en todo el perímetro exterior.

«El fuego continuó hasta consumir aquellas débiles casucas, y su luz siniestra alumbraba el primer combate sangriento, que, como General en jefe del Cuerpo de Ejército de Oriente, dió en esta segunda época de mi reseña el denodado Gral. Porfirio Díaz.

«Los defensores de aquella formidable fortaleza (el convento), no quisieron rendirse, y el asalto tuvo que ser, por lo mismo, incesante y terrible; sobre una alfombra de cadáveres entraron los asaltantes hasta muy cerca del último atrincheramiento de los defensores del punto, que se rindieron entonces ante la evidencia de los hechos; la gloria colocó la primera corona sobre la sien del nuevo General en jefe del Cuerpo de Ejército de Oriente, que tanto valor y tanta disciplina inspiró á sus soldados en el inolvidable asalto.

«En la carrera militar del Gral. Díaz, hay fechas inmortales, y ésta es una de ellas; sus biógrafos han hecho justas estaciones en el relato de las memorables jornadas de Miahuatlán, La Carbonera y el 2 de Abril, limitándose á referir ligeramente el asalto de la plaza de Taxco, seguramente porque han ignorado los siguientes detalles que pueden justificar muchos testigos que viven aún.

«El Ejército de Oriente no estaba armado: en una parte, por lo menos la tercera, se carecía de los elementos indispensables para en-

trar en campaña; aquello, en realidad, era una turba de patriotas que seguía á su jefe por gratitud, por cariño y por deber, y que ansiaba luchar por la Patria, sin saber con qué lucharía.

«Taxco era un punto defendido por fuerzas bien organizadas y con sus municiones competentes; podría yo decir que fué una temeridad acercarse á Taxco, si no supiera que se llevaba la intención deliberada de jugar el todo por el todo, y de sacar de aquella plaza los elementos que tanta falta hacían al ejército republicano.

«Tan escasos eran los del asaltante, que si el sitio se hubiera prolongado dos días más, aquel heroico puñado de soldados hubiera tenido que retirarse avergonzado de su imprevisión; en esas condiciones se dispuso el asalto, y aun relatan con orgullo los jefes de aquellos Cuerpos tan valientes, el hecho conmovedor de que los pelotones no armados iban en pos del que lo estaba, para que, al caer algún soldado, muerto ó herido, fuera en el acto mismo reemplazado por otro no menos valiente que la víctima del deber.

«Taxco fué, en realidad, el punto de donde se sacaron riquísimos elementos, comprados con tanta abnegación por el ejército que tan justamente fué declarado benemérito.

«El Gobierno del Sr. Juárez, que siempre se distinguió por su profundo conocimiento de los hombres que lo rodeaban, había extendido ya en favor del Gral. Díaz el despacho de General de División, desde que se disponía el asalto de Taxco.»¹

En efecto, el despacho de General de División había sido extendido en San Luis Potosí por el Presidente Juárez, en 14 de Octubre, y el Gral. Díaz lo recibió en Pungarancho, durante su penosa marcha por las márgenes del río Mixteco.²

«Al entrar en el Estado de Guerrero la Columna de Laureano Valdés, intentó impedirme el paso en el río de Mixteco, en el lugar conocido con el nombre de «Paso de Pungarancho,» muy á propósito

1 Reseña histórica del Cuerpo de Ejército de Oriente.—Por M. Santibáñez.

2 Un sello con las armas nacionales.—Para los años mil ochocientos sesenta y dos y sesenta y tres.

«El C. Benito Juárez, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos.—En atención al mérito y servicios del ciudadano Porfirio Díaz, General de Brigada, y por los muy especiales que tiene prestados en los Cuerpos del Ejército de Oriente y operaciones contra el invasor francés, le confiere el empleo de General de División.

«En cuya virtud, la autoridad militar, á quien tocara, dispondrá que sea reconocido y se ponga en posesión de este empleo, haciendo que se le guarden

por ser más elevada la margen izquierda del río, que era la que se proponía defender, y deprimida la derecha, por donde yo debía intentar vadearlo. Después de estar á su frente, llamando la atención con tiroteos un día y una noche, por un paso distante seis millas y río abajo ejecuté una marcha oculta con dos batallones, á cuya aproximación el enemigo me abandonó el paso principal, y por él logré vadear las corrientes con todo lo pesado de mi artillería é impedimenta.

«Llegamos á Taxco el 27 de Octubre de 1863, y como la ciudad estaba ocupada por los traidores, hubo que batirlos, y empleamos en esa operación el día y la noche del 28 de Octubre. Fué, al efecto, necesario poner en jaque á la guarnición traidora que estaba en Iguala, para que no pudiera proteger á la que ocupaba á Taxco, á fin de que, aislada ésta, pudiera derrotarla, como en efecto la derroté.

«Después de permanecer dos días en Taxco, necesarios para orientarme sobre los movimientos de la fuerza enemiga, seguí mi marcha, pasando el Mexcala, con dirección á Chilapa, y de allí hasta Huajuápam de León. En Huajuápam, ya sin peligros, dejé la División á las órdenes del Gral. D. Rafael Benavides, que era mi Mayor General, y avancé por la posta, para tratar algunos asuntos con el Gobernador de Oaxaca, que lo era á la sazón D. Ramón Cajiga, el cual estaba en la capital del propio Estado adonde me dirigí.

«Llegué á Oaxaca en los últimos días del mes de Noviembre de 1863, y mi llegada desconcertó al Gobernador Cajiga y á su Secretario Esperón, porque habían celebrado una especie de tregua con los franceses, y comprendieron que ésta tendría que cesar con mi presencia, pues yo iba con el propósito de organizar y de hacer la guerra.

«Informado el Gobernador del objeto de mi marcha y de las fa-

las consideraciones que le corresponden con arreglo á las leyes, y que sus subalternos obedezcan las órdenes que en asuntos del servicio les diere por escrito ó de palabra. El jefe de Hacienda respectivo dará asimismo las suyas, para que, tomada razón de este despacho en las oficinas en que está prevenido, se le forme el asiento del sueldo de quinientos pesos, diez centavos al mes, asignado á dicho empleo por decreto de 10 de Agosto de 1861, y aclaración hecha en 2 de Octubre del mismo año, que gozará desde el día en que tome posesión de este empleo, conforme á lo dispuesto en circular de 24 de Agosto de 1842, y previo el CÚMPLASE del General en jefe á quien corresponda.

«Dado en el Palacio del Gobierno Nacional en Potosí, á catorce de Octubre de mil ochocientos sesenta y tres; cuadragésimo tercero de la Independencia y cuadragésimo segundo de la Libertad.—BENITO JUÁREZ.—Una rúbrica.»

cultades que me había delegado el Gobierno Federal, me puso una comunicación, declarando que no se pondría á mis órdenes, por ser inconstitucionales las facultades que me había delegado el Gobierno Federal, y me preguntó si estaba dispuesto á hacer uso de las armas para llevar á efecto las órdenes que había recibido del Presidente; contesté que en aquellas circunstancias las armas no tenían más objeto que defender á la Nación del invasor extranjero y de los traidores; y que consideraba, en el segundo caso, á todo el que se resistiera á cumplir las órdenes del Gobierno Federal.

«En esta virtud, el Gobernador Cajiga renunció su encargo ante la Legislatura, la cual se disolvió en seguida, quedando acéfalo el Estado.

«Con este motivo, asumí el Gobierno de Oaxaca el 1º de Diciembre de 1863, y nombré mi secretario al Lic. D. Justo Benítez; pero notando que los deberes de gobernante me ocupaban mucho tiempo, que tenía que consagrar á la organización del Cuerpo de Ejército, nombré Gobernador, el 12 de Febrero de 1864, al Gral. D. José María Ballesteros. El nuevo funcionario designó para secretario al Sr. Lic. D. Félix Romero, y en cuanto al Lic. Benítez, siguió desempeñando puesto semejante en mi Cuartel general.

«Al llegar á Oaxaca organicé una nueva Brigada de infantería, compuesta de los batallones: «Morelos,» á las órdenes del Teniente Coronel D. Rafael Ballesteros; «Juárez,» mandado por el Coronel D. Joaquín Terán, y «Guerrero,» por el Teniente Coronel D. Rómulo Pérez. Encomendé el mando de esa Brigada al Gral. D. Cristóbal Salinas, y el de la segunda, compuesta de otros dos batallones antiguos, al Coronel D. Francisco Carreón. Nombré Comandante general de artillería al Capitán D. Guillermo Palomino; agregué á la Brigada de caballería el regimiento «Lanceros de Oaxaca,» mandado por el Teniente Coronel D. Félix Díaz, y un escuadrón de Guardia Nacional de Tehuacán, á las órdenes del Teniente Coronel D. Ladislao Cacho; y organicé, por último, un Cuerpo Médico, á las órdenes del Doctor D. José María Hernández.

«Como el jefe francés que mandaba en Tehuacán, no tuvo conocimiento del cambio ocurrido en el Gobierno de Oaxaca, en los primeros ataques que yo mandé hacer á sus puestos avanzados, que hacían frente á los míos por Occidente, me puso una nota, quejándose de las faltas al compromiso existente de no hostilizarse recíprocamente hasta que la nación decidiera si aceptaba ó no la intervención extranjera; y este descubrimiento me hizo tratar, ya sin ambages, con

el personal que formaba el Gobierno, los asuntos políticos, de conformidad con lo que antes de ésto he expresado.

«Las operaciones del enemigo contra Oaxaca se limitaron entonces á avanzar las guarniciones según adelantaba una obra de construcción de dos carreteras provisionales: una de Tehuacán á Oaxaca, por la Cañada, y otra de Acatlán á Huajuápam, con el propósito visible de avanzar dos fuertes Columnas por esas vías.

«Después de algunos meses de hostilizarle en sus obras, sin conseguir más resultado práctico que el de hacer difícil el trabajo de construcción de las carreteras, me vi obligado á replegar la guarnición de Huajuápam á Nochistlán, y la de Teotitlán del Camino á Cuicatlán, en razón de que los franceses aumentaron en mucho sus efectivos.

«A la cabeza de la Columna del enemigo que avanzaba por Huajuápam, venía el General francés Courtois d'Hurbal, y á la de la otra, que se adelantaba por Tehuacán y Teotitlán, el Brigadier Brincourt.

«Cuando el enemigo avanzaba sus trabajos de construcción del camino hasta Tamazulapan, por la vía de la Mixteca, y sus preparativos hasta Teotitlán del Camino, por el de la Cañada, me propuse atacar á la segunda Columna, que venía por este último; y para ocultarle mi intención, saqué de Oaxaca una Columna de las tres armas, que presenté primero en Teotongo á la otra Columna de la Mixteca. Después de dos días de permanencia allí, y cuando el Gral. Courtois d'Hurbal se preparaba á resistirme, dejé el mando al Gral. Escobedo, con orden de moverse hacia Oaxaca si el enemigo tomaba la iniciativa, y con los batallones «Morelos» y «Cazadores» marché á campo travesía hacia Teotitlán del Camino, que era mi verdadero punto objetivo.

«Después de un día y parte de la noche de marcha, pernocté cerca de San Antonio Nanahuatipán, adonde, según noticias que tuve de mis exploradores, estaba el grueso principal de los franceses, que tenían un destacamento de infantería y artillería sobre la vía de Oaxaca, avanzado en la hacienda de Ayotla.

«Á las nueve de la mañana del día 19 de Agosto de 1864, llegué á San Antonio Nanahuatipán, sin que el enemigo, que ocupaba esa población, hubiera tenido noticia de mi oculta marcha, y lo batí bruscamente, haciéndole mucho daño á un batallón que á la sazón se lavaba en el río; pero como los soldados franceses tenían allí mismo sus armas en pabellón, después de la sorpresa hicieron una defensa muy vigorosa, y replegándose hacia la iglesia, dejaron en el campo

la mayor parte de sus vestidos y mochilas, y muchos muertos desnudos, pues desnudos combatieron.

«Había yo dado orden al Coronel Espinosa y Gorostiza, que estaba de antemano haciendo frente á la expedición francesa de que se trata, en Cuicatlán, para que, en combinación con mi movimiento, marchase á vanguardia y acudiera él también á San Antonio, con su batallón, dos obuses de montaña, una Compañía del Batallón «Juárez,» y el escuadrón que mandaba el Coronel D. Ladislao Cacho; pero el destacamento á que antes hice mérito, que el enemigo tenía en Ayotla, y que estaba fortificado pasajeramente en la hacienda y con artillería, no le permitió el paso, y á virtud de faltarme el importante concurso de esa tropa, tuve que retirarme con pérdidas muy considerables de oficiales y soldados, pero sin que el enemigo se atreviera á perseguirme.

«Es lamentable que el Coronel Espinosa y Gorostiza se hubiera encontrado con ese obstáculo, que él creyó insuperable; pero su concurrencia me hubiera bastado, sin duda, para tomar el pueblo de San Antonio, derrotar definitivamente á la Columna del General Brincourt, y apoderarme de un rico convoy que se encontraba en aquel pueblo, y que por un momento estuvo en posesión de mi primera Columna que penetró al punto amagado.

«Me reuní después al Coronel Espinosa y Gorostiza en Tecomavaca, y marché con él á Oaxaca, mandando regresar al General Escobedo, que había retrocedido hasta Huauclilla.

«El enemigo no avanzó por entonces, y yo seguí hostilizándolo con las fuerzas que sobre él tenía en observación. Sus dos grandes caminos los seguía construyendo, y reforzaba los destacamentos que los defendían.» (Memorias).

Á la vez que hostigaba á los franceses, el General Díaz atendía y auxiliaba á los demás Estados de su mando.

«Comenzaba mis trabajos de organización militar y administrativa, cuando tuve que mandar, en auxilio de Chiapas, una Columna de 800 hombres, á las órdenes del General D. Cristóbal Salinas, formada del Batallón «Juárez,» y le puse como secretario de dicho jefe al Lic. D. Miguel Castellanos Sánchez, que tenía entonces el empleo de auditor en mi División, y como Mayor de órdenes al Teniente Coronel D. Adolfo Alcántara. Al llegar el General Salinas á Chiapas, se le incorporó el escuadrón «Porfirio Díaz,» que estaba organizando en aquel Estado el Comandante D. Diego M. Guerra. La fuerza de Salinas salió de Oaxaca el 12 de Diciembre de 1863; el 4 de Enero de

1864 batió á los tiradores de Ixtapa, y el 11 los sitió en San Cristóbal, habiendo tomado la plaza el día 22 del mismo mes de Enero. El 9 de Marzo siguiente salió de Tuxtla el General Salinas, con su Columna, de regreso para Oaxaca, adonde llegó el 12 de Abril de 1864.

«Arrojado el enemigo y restablecido el orden en Chiapas, nombré Gobernador de dicho Estado, al Coronel D. José Pantaleón Domínguez.» (Memorias).

Las fuerzas que en esa vez invadieron á Chiapas, venían á las órdenes de D. Juan Ortega y de un fraile franciscano, D. Víctor Chanoña, y habían sido organizadas en la vecina República de Guatemala.

